

El antiguo régimen



FUÉ un terrible naufragio aquel que sucedió a la caída del virreinato. Prelados, virreyes, oidores, mariscales, funcionarios de capa y espada, la preza de la nobleza administrativa y militar del antiguo régimen, se vió de improviso asaltada por la borrasca, envuelta en ella, y los que no perecieron en la prueba, fueron arrojados, ya sin orople y sin honores, a playas de destierro y miseria.

Es esta una página prosaica, pero épica, que no ha sido escrita todavía. Escritores y cronistas han poetizado el melancólico destierro de la nobleza de Francia después del 89. Hubo allí más « decorum », más grandeza, más ingenio latino, tal vez; la miseria no fué tan cruda, ni la desnudez tan fea. Además del ejército de Condé dió cierto barniz heroico a los proscriptos. Pero también en esta caída del fastuoso virreinato, y en esta, emigración sin rumbo y sin objeto, hay picante interés anecdótico y literario y cierto sabor de honda e irreparable tristeza.

Nada de eso ha salido a flote en documentos e historias públicas. El régimen caído en 1810, tuvo pudor de su desgracia, y ocultó cuidadosamente la oprobiosa miseria. Mal cuadraban a dignatarios y magnates, las lamentaciones propias de pecheros y palurdos. Solamente la correspondencia íntima ha conservado, ¡y con qué cruel pasticidad, ay! el recuerdo de la dolorosa etapa.

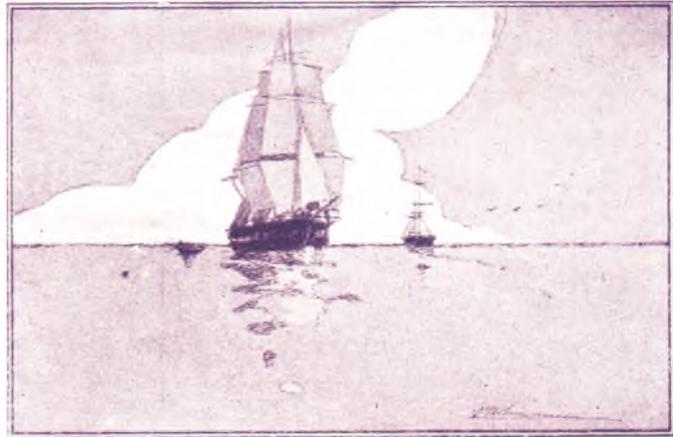
Héroe de ese altivo silencio y de esa noble serenidad ante la fortuna adversa, fué don Antonio de Garfias, antiguo dignatario de la Audiencia de Charcas, magnate de la pequeña corte de Buenos Aires, secretario y consejero del virreinato, privado y brazo derecho del marqués de Sobremonte, secretario y ministro del mariscal Vigodet en Montevideo, poderoso cortesano, desposeído de la noche a la mañana de honores, dignidades y prebendas, y arrojado a la incierta proscripción.

¿Para qué recordar los días sin pan y las noches sin abrigo, que llenaron aquellos mortales años de espera en el Janeiro, cuando el prócer proscripto de Buenos Aires, alimentaba aún la ilusión de la reconquista virreinal? Este es el capítulo prosaico del régimen caído: los sueldos y subvenciones que no llegan, las joyas sacrificadas a la usura, los vestidos que se marchitan y descoloran, los zapatos que amenazan ruina, el hambre que alargó los rostros, la miseria que huele mal.

El continente y la dignidad de don Antonio fueron superiores a tales miserias. Lo raído de su frac, acaso más diáfano que el de Brummel, no le impidió cruzar los salones de ministerios y embajadas, y aún departir, al pié del trono, con el rey; sus angustias famélicas no fueron bastantes a alejarlo del trato del conde de la Barraca y de todos los títulos y dignidades de la corte tropical.

Y sin embargo, ¡cuánta angustia en aquel destierro, cuántas tribulaciones las del desventurado hidalgo! El año 17, año terrible para los fieles de la monarquía que, proscriptos de Buenos Aires o en prisión, sacrificaban a su lealtad al rey, vida y fortuna, aventó las últimas esperanzas de don Antonio, quien se mantenía en el Janeiro, adicto a su señora, la marquesa de Sobremonte, noble dama que aprueba también las amarguras de la proscripción y la pobreza, mientras su consorte, el virrey, buscaba en Madrid los medios de rehacer su honor militar y su fortuna.

Las cartas que Garfias escribió desde Río de Janeiro a don Francisco Juanicó, prócer de Montevideo y paño de lágrimas del régimen caído, constituyen una tocante página anecdótica, que enseña cuánta fué la lealtad y cuántos los sufrimientos de los proscriptos de 1810. « La carta que me incluye usted para la marquesa — escribe Garfias a Juanicó el 6 de Junio de 1817 — la recibí algunos días después que el Señor dispuso de ella. Su muerte fué el 21 del pasado, a la seis y media de la mañana, y la falta de sacerdote a aquella hora, me produjo la pena, a más de la de su pérdida, de tener que auxiliarla hasta que dió el último aliento. Murió llena de la mayor conformidad y resignación, después de haber recibido todos los auxilios espirituales. Considere usted la amargura en que se hallarán sus dos desgraciadas hijas, que a más de perder una madre tan recomendable, que tanto las amaba, han tenido que abandonar su casa y toda la ropa y muebles que había en ella, quedando solamente con un encapillado, porque murió tísica, y usó hasta su fallecimiento de toda la ropa de sus hijas. » Y luego agrega, que las niñas piden a Juanicó, que era su gestor en el patrimonio de Montevideo, « que haga cuántos esfuerzos pendan de su arbitrio para facilitar algún dinero ». Esta carta que habla toda ella de una grandeza caída, termina con estas melancólicas palabras: « Yo no tengo que recomendar a usted este negocio, pues sé el interés y empeño que usted tiene por servir y complacer a esta desgraciada familia ».



El 15 de Junio, Garfias habla a Juanicó de sus propias tribulaciones: « Estoy, amigo mío, resuelto — le dice — a hacer mi viaje a España, a pesar de mi estado indigestísimo. A esta resolución me ha movido: 1.º no poder sufrir este temperamento; 2.º la imposibilidad de pasar a mi país y a ése por motivo que usted no ignora; 3.º la fundada esperanza que llevo de que el rey recompense mi suma lealtad y antiguos desinteresados servicios; 4.º la seguridad, según me escribe mi agente, de que se renueve la real orden que se libró a mi favor el año de 15, para que se me paguen todos mis sueldos vencidos desde el año 4, de los fondos de la tesorería de Lima, a razón de tres mil pesos al año, nombrando desde Madrid un apoderado de confianza residente en aquella capital que se encargue de la recaudación y remesa de estos créditos; 5.º la generosa oferta de nuestro encargado de facilitarme pasaje de balde, y la de nuestro Larramendi de socorrerme en Madrid con un peso diario, mientras consigo medios de sostenerme, sin necesidad de aquel auxilio; y 6.º la seguridad con que cuento un cuarto y plato de comida en Madrid, de las casas de mis íntimas amigas las señoras de Azevedo, y de la madre de Garibay, que me ha hecho esta oferta en varias de sus cartas, y de la del marqués de Sobremonte, cuyas hijas principalmente, estoy cierto partirán un pan que tengan conmigo. » Más adelante agrega estas palabras que debieron poner en conflicto su orgullo de hidalgo de vieja cepa: « Para los costos de mi rancho desde Lisboa a Madrid, y hacerme un fraque y demás ropa muy precisa (pues estoy poco menos que desnudo), haré uso de la generosa oferta de usted y de nuestro amigo don Juan Ventura Vidal, si llego a encontrar una persona que quiera darme los doscientos pesos de que usted me habla, librándonos contra ustedes. »

Quince días después Garfias agrega nuevos datos acerca de su indigencia: « Por mediación de nuestro encargado ha dispuesto su Majestad Fidelísima que el capitán del bergantín « Lusitano » me lleve de gracia. En dicho buque va también, como dije a usted, la familia de la finada marquesa. No he tenido ni tengo, amigo mío, valor — agrega — para hablar al señor Barros ni a Lizáur, por los doscientos pesos que usted y el amigo don Juan Ventura, se sirvieron ofrecerme en clase de nuevo suplemento. En este concepto, espero de la bondad de ambos libren a mi la misma cantidad contra algún comerciante de Cádiz, o de cualquier otro punto de España, advirtiéndome que mi residencia es Madrid, y que darán noticia donde vivo, las señoras de Azevedo, o el marqués de Sobremonte, o don Francisco Garibay, agente de negocios de Indias. Como me consta el particular interés que usted se ha tomado y toma en aliviar mi triste situación y que no puede ignorar la necesidad que tendré de este recurso en Madrid, excuso hacer a usted más instancias en el particular. »

¿ Llegó el anciano hidalgo a la corte de España? ¿Premió el rey sus servicios y su lealtad a la monarquía? ¿Volvió nuevamente a discurrir bajo los artesonados de palacio y a platicar con príncipes y magnates? Es esa la interrogación que la historia anecdótica de las antiguas colonias formula respecto de prelados, virreyes, gobernadores, dignatarios y ministros, que la ola de la democracia sudamericana devolvió a las playas de Europa y cuyos nombres se perdieron en la vorágine de las revoluciones de la Península.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.